

Y AL SUR, QUIÑONES:

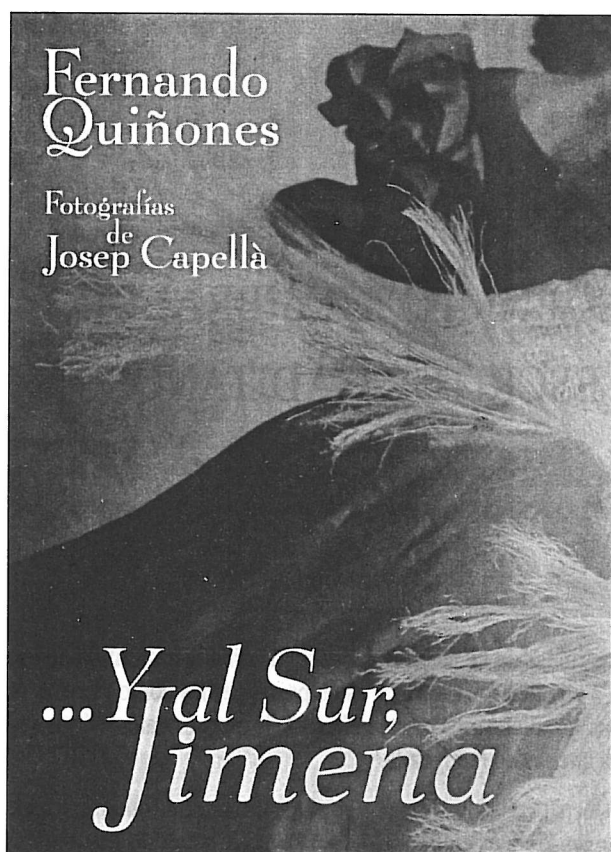
APUNTES SOBRE JIMENA Y EL CAMPO DE GIBRALTAR, EN LA VIDA Y LA OBRA DEL ESCRITOR GADITANO

Juan José Téllez Rubio / Escritor. Periodista.

Hacia las crestas de la cumbre, el camino serpea hasta las ruinas de un castillo que resulta como recién salido de una novela gótica; pero no hay sombras galesas y aunque vuelva a abundar la lluvia por estos pagos verdes como el color de quienes esperan, los contraluces nos hablan del sur, de un mar contradictorio que está próximo, de una montaña enérgica en que los rastreadores más atentos pueden distinguir todavía las huellas de la leyenda.

El hombre aún busca, de tarde en tarde, paraderos como éste, para recabar sosiego y meditación, risas sin bulla, la fronda de la memoria propia que uno ha ido perdiendo en el fragor de las grandes ciudades, donde ya nadie recuerda los nombres ajenos, ni hay hogueras -a veces- alumbrando la noche, ni suele tocarse el suelo ni recordar que alguna vez el ser humano mantuvo una estrecha y turbia relación incestuosa con la Madre Naturaleza.

En la Estación, a la falda del promontorio donde se asienta el pueblo viejo, aún huele a churros en la amanecida y hay todavía trapicheo de canastos, el vaho que el frío hace fumar a las colegialas y las legañas de los ferroviarios y de los braceros del corcho que van y vienen por estos bosques, temporeros en fincas que no cabe recorrer en un día tan sólo. Abrigos rupestres con raro barco que extraña a los arqueólogos, el santuario de una Virgen popular y milagrera, a cuya puerta se dejan oír el jazz o el flamenco en la noche del verano, la estrecha-estricta carretera que conduce hacia Ubrique pero que antes atraviesa por las incumbencias de un antiguo poblado de contrabandistas: eran tierras estas donde el hombre se refugiaba del Estado, cuando éste resultaba desapacible, y aún se mientan las guerras de la frontera, la guerrilla contra los franceses, las correrías de bandoleros y de migueletes, de civiles y del maquis, como si hubieran sucedido antesdeayer. Se percibe también una sinfonía de azahar y de naranjas por la parte de San Pablo y de San Martín, a orillas del río Guadiaro, que viene de la sierra y que muere en el mismo mar que baña a los ricachos de Sotogrande. Pero cerro arriba, en Jimena-Jimena, hay rumor de colegios y de bancos que abren, de asfalto y de bares con barras de aluminio o de madera, diminutos quioscos, el torreón aislado de la iglesia en la plaza, el ayayay de un cante apuntado al caer de la noche, el minúsculo escaparate al volver de la esquina y ese visible rastro que ha ido dejando eso que llaman democracia, en forma de casas de cultura, banderas sin garras y bibliotecas limpias. Y también en la cima, como el castillo gótico y el firmamento insondable, al cabo de un camino iniciático que hay que recorrer a pie, queda el cementerio, un camposanto humilde sin el exceso de los panteones y sumamente pulcro, con la comesura de quienes saben que el lujo no detiene a la muerte y que el ser humano, asustado por el peso de los años o por cualquier albur del azar, suele volver a refugiarse en el amable regazo de la tierra.



Ese es el mundo que describió Fernando Quiñones, en el libro *...Y al Sur, Jimena*, con su palabra sabia, entrelazándose en las 238 imponentes fotografías que firma Josep Capellà y que editó, con el primor de un hijo con memoria, Cristóbal Delgado Vallecillo. En colaboración con “Hiperión”, este jimenense del exilio catalán, impulsor de la editorial Oba, acaba de poner en las librerías una espléndida edición de la serie *Crónicas...*, los poemas más representativos del escritor gaditano.

...Y al Sur, Jimena resulta, a la postre, el principal engarce literario entre Quiñones y el Campo de Gibraltar. Recientemente fallecido, en noviembre en 1998, Quiñones nació en Chiclana en 1931 y ofició como gaditano heterodoxo que un revés de fortuna familiar llevó desde el selecto colegio de San Felipe Neri a la picardía de los muelles, un tránsito que se haría presente en su talante y en su obra, al compaginar un exquisito gusto por la elegancia libresca y por el habla andaluza, en estado puro y callejero, más próxima a la germanía que al catecismo.

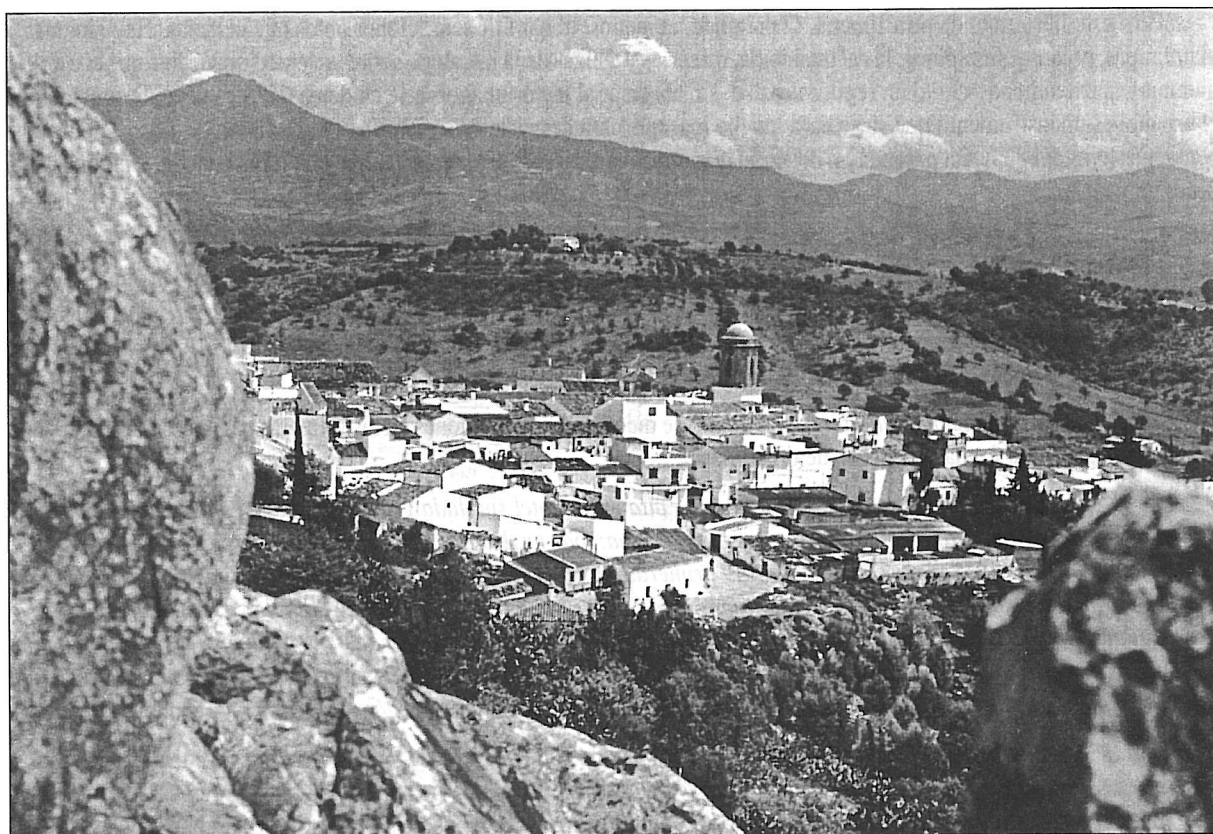
A caballo entre los 70 y los 80, un Quiñones adulto visitaba con frecuencia la ciudad de Algeciras, para reunirse con su padre, el médico retirado Manuel Quiñones que, en compañía de su segunda esposa, pasó los últimos años de su vida en la Residencia de Pensionistas de San José Artesano.

Poco antes y en colaboración con la Agrupación de Cultura y Arte de Algeciras, coincidiendo con los primeros años de la transición, se habían iniciado las extensiones de “Alcances”, la Muestra Cinematográfica del Atlántico que Quiñones auspiciaba en la capital gaditana. En el Teatro Florida también llegó a estrenarse un espectáculo teatral, cuyo libreto firmó bajo el título de “Andalucía, en pie”.

No era extraño, por tales fechas, oír sus lecturas de poemas en distintos paraderos del Campo de Gibraltar, al tiempo que impartía por estos pagos su conocida conferencia “Pequeña gran historia del cante flamenco”, una charla auxiliada por diapositivas, en la que el escritor llegaba a perpetrar un fandango sobrado de intención: “*Los soldaditos de España/ están cayendo a millones/ por sacarle las castañas/ al conde de Romanones*”.

La toponimia campogibaltareña aparece en buena parte de su narrativa -*La canción del pirata, Vueltas sin fecha*, especialmente- mientras multiplica su presencia en este territorio, ya sea en cenáculos literarios -Aula de Poesía, Casino y Feria del Libro de Algeciras; Premio Ángel María de Lera en La Línea; Aula de Literatura “José Cadalso” y Cursos de verano en San Roque- en colegios públicos como el de Palmones en Los Barrios, o incluso en acontecimientos festivos, como el pregón del carnaval algecireño o el de la Feria de La Línea, que llegó a pronunciar vestido con el uniforme sandinista con que le obsequió Daniel Ortega, presidente de Nicaragua por aquel entonces.

Pero será Jimena de la Frontera, a partir de esa obra de encargo que el encomendó Cristóbal Delgado, con la que Fernando Quiñones se vincula literaria y definitivamente al Campo de Gibraltar.



Una de las magníficas fotografías de J. Capellà con las que se ilustra "...Y al Sur, Jimena".

"Como Albarracín en Aragón -principia Quiñones a describir el entorno jimenense- o Duarnenez y el monte Saint Michel en Francia, al igual que Venecia o Chioggia (aislada también en la ilustre laguna veneciana), o como la ciudad de Cádiz, Jimena de la Frontera se permite el lujo de no tratarse de un lugar de tránsito, de no estar en el camino de otra población, para ser vista o 'caer de paso yendo a...'. No. Como a todos aquellos lugares añejos, a la añeja Jimena hay que ir expresamente".

Y a través de las páginas, casan pinturas sobre la roca remota, con flores artesanas y recientes, cantiles de lechería y el olor terreno de las fiestas de ganado. Quiñones urde una reflexión que sirve para dar título a un cuidadoso volumen, cuyo contenido va mas allá del halago fácil y de la descripción de oficio: *"Ah, sí, allá en el Sur más Sur. Desde un tiempo que está en la espalda del tiempo y en este Sur de Sures se fue gestando una tierra de encuentros. Allí, donde cada rincón de paisaje tiene un nombre. Entre la jara y el azul, a galope monte abajo, Jimena de la Frontera"*.

Uwe Topper se aproximó a las pinturas de la Laja Alta y José Regueira, junto a su hija Esther y María Ángeles Mena Torres, recordó "los setecientos u ochocientos humos" que un halconero atisbó entre los muros de la ciudad, allá por 1431. Hay historiadores que han rescatado del olvido el semis de Oba y el mosaico de Marchenilla, otros mencionaron los pleitos entre la Villa y el ducado de Medina Sidonia y, aún, Carlos Fernández, pormenorizó detalles sobre un rodaje cinematográfico por las calles del pueblo, bajo la batuta de Vittorio de Sica. Tampoco faltaron periodistas, como Andrés Macías, a tiempo de recordar que Jimena significa en griego La Recostada, ni cronistas como Martín Bueno, que describieron el trágico derrumbe de la plaza de toros local, a 17 de agosto de 1961.

Pero este libro trata de otra Jimena. O pretende, al menos, transmitir sensaciones antes que certezas. Hay almenas y alambradas, prados semialpinos, la cal traslúcida, romerías y danzas de la jincaleta, sobre un léxico impecable que el escritor gaditano va extendiendo como un reguero casual, sin abrumar al lector ni agobiarle en demasía, pero dejando sentado que el español es un instrumento que sirve para mucho más que para desgastarlo entre prisas, barbarismos y jergas televisivas. Nada más lejos del guay del paraguay o de algún que otro supuesto narrador reciente, que el idioma recio de Quiñones, que describe y reflexiona:

“Junto a Jimena ya, y a la orilla del río Hozgarganta, el viajero en arribo al pueblo reconoce y palpa, hondas en la dura roca calcárea, las huellas de las caballerías que, una jornada tras otra, año a año, siglo a siglo, bajan al río para vadearlo, remontar su curso o beber. Si no lo castigan mucho las sequías, el río Hozgarganta puede alcanzar honduras imprevisibles a la vista, sobre todo corriente arriba y lejos del pueblo, hacia la Peña Gorda, más allá de la Laja del Tío Mena y de Las Tres Lajillas, ya en puro monte bravo”.

“*Más vale diván de amigo que suite del Hilton*”, se dice Fernando Quiñones en las primeras páginas del libro, cuando refiere su llegada a la fonda jimenense de doña María:

“El alojamiento más conocido de la Jimena alta es un hotel sin duda grato y tan poco convencional como que consiste en varias casas tradicionales convertidas en una: todo un dedalo de puertas, escalones, patizuelos, trampillas y habitaciones difíciles de encontrar a las primeras de cambio, dadas la ajardinada frondosidad y el carácter laberíntico del sitio. Pero es a la fonda, a esa fonda se ha encaminado el viajero y donde va a quedarse un parvo equipaje. Un día, ‘La Perla’ contó hasta hasta con dieciocho huéspedes a pensión completa, gente, sin duda alguna, pelivaria y curiosa que, en las horas de manduca, hubiera hecho digno a su comedor de ser descrito como el de la fonda madrileña que pinta Hemingway en esa obra maestra de catorce páginas escuetas que se llama La capital del mundo”.

Con esa jerga de excelente trazo literario, que se emparenta con los libros de viaje y en la que da cuenta de lecturas y experiencias, Fernando Quiñones ha hilvanado un texto que se prolonga a lo largo de 250 páginas y que constituye algo más que simples comentarios al llamativo álbum fotográfico firmado por la mano maestra y catalana de Josep Capellá. Cristóbal Delgado Vallecillo, ese jimenense del exilio emigrante al que se va a nombrar hijo prelado de su patria chica, se ha encargado de dirigir y de editar este libro artesano, a todo color con oro viejo y barnices especiales.

Ediciones Oba S.L. cuidó todo al mínimo detalle, incluyendo una cuidada encuadernación, en formato de 27x32'5 centímetros, cosida y estampada con tapas de lomo redondo, de confección artesanal con cartón de 3 milímetros forrado en arpillera. El papel -mate arte con doble capa de estuco a 170 gramos por metro cuadrado- sirve de excepcional soporte para el texto y para las fotografías, elegidas de entre un total de 4.836 realizadas especialmente para el libro por Josep Capellá, quien a tal fin permaneció durante largo tiempo en Jimena y dijo a los lugareños algo que ni es broma ni de fácil olvido: que es raro encontrar una luz como ésa, incluso para ojos tan avezados como el suyo. El diseño de la obra correspondió a Joan Arús y venía a proseguir la labor iniciada ya por Cristóbal Delgado con la edición de su célebre “*Retazos*”, aquella recolección que también llevó prólogo de Fernando Quiñones y que sirvió para dar a conocer la memoria fotográfica y sentimental de esta localidad campogibraltareña.

“*Jimena muestra una estructura urbana perfectamente ajustada a sus inclinaciones de ladera*”, describe Quiñones, quien se detiene en alguna puerta noble o en algún escudo, que “*dan cuenta de caídas grandezas*”, o percibe “*junto a la casa rústica, el rancio caserón de empaque*”.

El autor de las novelas *La canción del pirata* y *Las mil noches de Hortensia Romero*, o de los libros de relatos *Nos han dejado solos* o *La gran temporada*, también ofrece una panorámica de la vida cotidiana de Jimena, que aún conserva un largo sabor de Andalucía profunda:

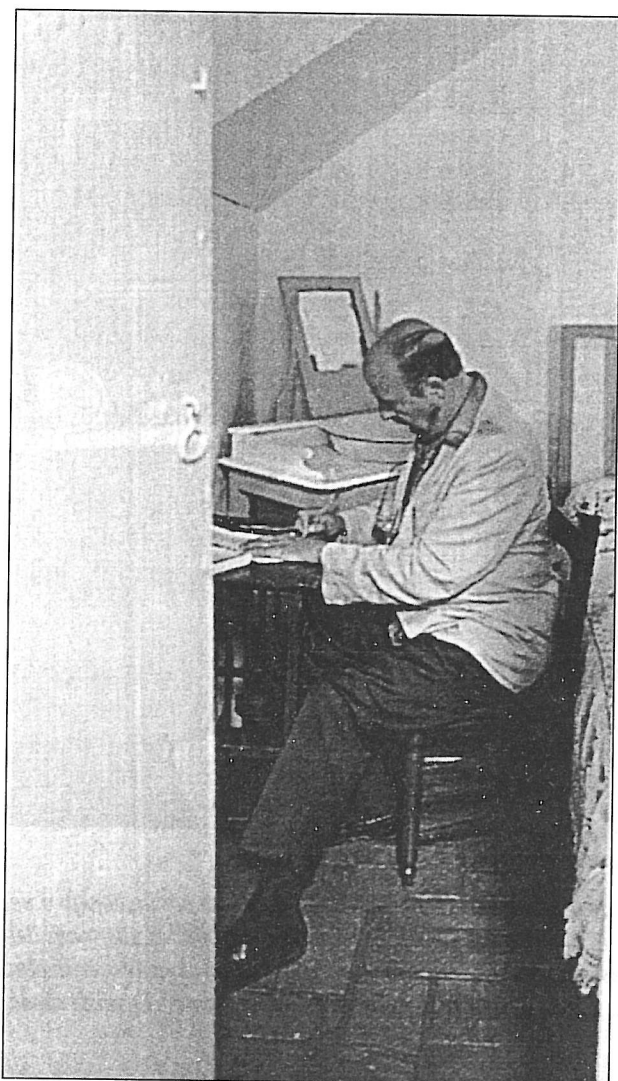


Fernando Quiñones con doña María, propietaria de la fonda "La Perla". (Fotografía J. Capellà)

"Llega el mulo con sus hortalizas hasta la puerta de la casa. El lechón (que igual pudiera ser un conejo o un cordero) es cargado con toda familiaridad por el nene de ni tres años. Sobre calles, azoteas y tejados, las voces del pajareo pueblan el aire junto al espaciado crotozar de las cigüeñas. Se recuesta ya en la sierra, en el pueblo, en la alta muela del castillo, uno de esos días raros aquí en Jimena, grises, padrinos de un tiempo sin frío ni calor. La tarde rueda no sabiendo dónde, que dijo el poeta".

Quiñones, en este libro, se hace eco de la voz tribal que mete a Jimena en la cintura del verso, desde Fernando Villalón -"Tuve yo un mala hora / y libre cumplo condena/ con mi retaco y mi jaca/ de Gibraltar a Jimena"- hasta el malogrado jimenense Diego Bautista Prieto quien creía que el castillo lanzaba un grito con cada piedra arrancada. Es la ciudad cuyo río añora la infancia de José Riquelme y el origen de Jorge Urrutia, la que alguien vigila -como sospechaba Caballero Bonald- "para que no se quiebre el estático sosiego de las callejas, con sus guijarros pulidos por los cascos de los caballos, que iban a las guerras de Granada".

En el largo paseo jimenense de Fernando Quiñones hay algo de los mejores viajeros románticos, alguna leve impronta del Gerald Brenan de *Al Sur de Granada* o, también, del *Viaje a la Alcarria*, escrito y descrito por el mejor -para mi gusto- Camilo José Cela. Y las placas multicolores o semisombrías de Capellà, que sirven como remate a una tradición plástica cuyos referentes remotos pudieran ser los grabados londinenses, dieciochescos o decimonónicos, de Breval o de Rochfort Scott, sin olvidar a los pintores coetáneos Mariano Bertuchi, Helmut Siesser, Antonio López Canales o José Barroso, entre otros, también citados a lo largo de estas páginas.



El escritor gaditano tomaba notas en el silencio de su habitación de la fonda de Jimena. (Fotografía J. Capellà)

“En Jimena -explica luego Quiñones- el contingente de extrajeros, ingleses en su mayoría, tiende a invariable, y no creemos que haya justificado nunca una pintada tan alarmista como la que el viajero leyó en la pared de una calle bien céntrica: ‘Pronto los jimenatos seremos los extranjeros’. No es para tanto, ni con mucho, aunque la poetisa Pilar Paz Pasamar haya contado que, con Juan Mena y la profesora venezolana Concha Reverte, pasó en un santiamén, y en plena Jimena, de una Andalucía esencial, casi estereotipada, a un piso y sala del Londres victoriano, en puro y rancio estilo de la Inglaterra imperial. Obra ésta, naturalmente, de ingleses que han buscado y encontrado en Jimena su retiro, dentro del Sur más Sur”.

El mercado ambulante, el trenzado de la pleita, los trabajos de cuero y metal, la madera, el pétalo y el mimbre, la labor insólita de los taxidermistas, van apareciéndose al salto a los lectores. Quiñones se inmiscuye en casas apartadas invadidas por los televisores o a la sombra de las parras y a la vera de los pozos: *“Un patio andaluz humilde, recibidor y tendadero al par, pulmón de la casa y jardín íntimo”*, celebra al comentar alguna de las fotografías seleccionadas para esta edición sin precedentes.

El ámbito de distribución del libro va más allá, desde luego, del estricto término municipal de Jimena, y de sus poblaciones que también aparecen reflejadas en la obra junto al casco viejo. Como afirma Cristóbal Delgado, un editor que desde luego no se dedica a este empeño por afán de lucro, es un homenaje a Andalucía entera, tomando como referencia a uno solo de sus pueblos. Es un libro sobre un pueblo, que explica a otros pueblos andaluces. Es la imagen toda del sur, pero -eso sí- de un sur más oculto que ese otro que está en el escaparate, entre ferias luminosas, desfiles procesionales y romerías al Rocío, que ya han adquirido rango de tópico y de fama. Este es otro ángulo andaluz, una cara oculta -si se quiere-, pero no por ello menos apasionante que esa otra tierra hermana del jolgorio y del barroco, cuya imagen ha sido mucho más difundida que la de estos pagos.

“El ecuador jimenense -sigue describiendo Fernando Quiñones, paso a paso, del cabo al rabo de libro- la divisoria del barrio Alto y el Bajo, está en Las Cuatro Esquinas, algo más allá del ayuntamiento, y en el callejero de la Jimena en cuesta, la antigua, no hay más de cuatro o cinco calles llanas”.

Son plazas y trechos de nombre reciente -Olof Palme- o arcano -calles de La Loba y del Trapito, Caminete de Luna o Corral del Concejo- de entre cuyos ventanucos a veces escapan aromas de piñonate y olor a gachas.

Capellá y Quiñones exploran centros escolares, coladas callejeras, buhoneros repartiendo su mercancía por los ventanales... Se asoman a la peña flamenca, hurgan entre los libros, muestran las zapaterías tradicionales, la talla del brezo o el confortable interior de las barberías, donde esgrime su navaja *“un figaro castizo aunque sin música de Rossini, sino la del canario, el transistor y la locualidad de la clientela”*

Los datos del pasado se juntan con el rostro de los habitantes actuales, las partidas de naipes y dominó, la penumbra de las tabernas y el plenilunio sobre el alcázar. Frente a las crisis agraria y con una pobre industrialización, Quiñones ve ciertas esperanzas de futuro para la hacienda local, en los embalses y en el turismo:

“Así pues -se pregunta- ¿se tratará Jimena, en el futuro, de una población de servicios? Lo que es ahora, no cabe pensar en ella como tal y, con o sin razón, hay algo en el viajero que lo alegra de que las cosas estén justamente así, de que el lugar siga siendo él y para él. Las operaciones de promoción urbanística, las americanoides ‘movidas’, ‘puesta al día’, turistizaciones a barullo y demás acarrees masificadores, suelen tener un precio muy alto: el de la pérdida, o el deterioro, de la identidad y la integridad de los parajes y las poblaciones con una personalidad natural y una solera propias, con un ‘ser-en-sí’, dicho en la filosofía de Martín Heidegger”.

Y bajo tales presupuestos, sigue presentando una visión subjetiva de Jimena, hasta la última página, entre citas literarias y valles poblados de cortijillos o heredades pequeñas, al punto de la serranía y al paio de los alcornoques, entre rebaños, procesiones y caballos a galope. Hubo otro poeta que llegó a Jimena para enamorarse. Se llamaba Leopoldo de Luis y dejó escrito: *“Aquí duermen las ruinas su presencia,/ y hombres de ayer descansan tras el muro/ mientras ahí la vida se desliza./ Como Jimena en esta prominencia/ todos entre el pasado y el futuro/ somos hechos de tierra fronteriza”.*

“Y ahora que se está yendo -transcribo los últimos párrafos de ... Y al Sur, Jimena- el viajero cree estarse dejando atrás alguna amistad, está seguro de que se la deja, como lo está de que Jimena es otro de los puntos del ancho mundo que se le han quedado bien dentro y forman parte ya de su equipaje permanente, igual que lo formarían del cuadro de recuerdos del lector”.

